

**“Comunidades de Aprendizaje y Artes. Prácticas educativas y construcción de significados en la vida cotidiana”.** Coord. Nora Emilce Elichiry. Presentadores: Dra. Flora Hillert | Dra. Flavia Zulema Terigi | Dra. Nathalie Romina GoldwasserYankelevich. Sábado 28, 11 Hs., Aula 303

Ante todo es un honor compartir esta mesa no solo con la compiladora del libro, Nora Elichiry, sino también con dos meritorias profesoras e investigadoras sobre educación como lo son Flora Hillert y Flavia Terigi. Me considero, dentro de lo que es la ciencia y la teoría política, una aventurera de la interrogación por el arte. Y sobre todo, el arte propio de nuestra América.

José Agustín Goytisolo en la voz de Paco Ibañez afirmó en “proverbios y cantares” que se sabe para qué sirve el vaso pero no para qué sirve la sed. Casi en una suerte de trasposición, los que no pertenecen a aquel mundo, podrían decir que creen saber para qué sirve el aprendizaje pero no para qué las artes. Me animo a aseverar entonces que uno, el vaso, es la forma del otro, la sed, el arte entonces es la sed del aprendizaje, porque parafraseado al Esteban Echeverría de la Generación de 1837, la forma y el fondo no son divisibles.

En efecto, el propio libro *Comunidades de aprendizaje y artes* compilado por Nora Elichiry y que tengo el placer de presentar aquí, anuncia que se dedicará a las prácticas educativas y construcción de significados en la vida cotidiana pero en ninguna parte de ese subtítulo aparece la palabra “artesanía” o producción artística. ¿Es casual? Lo veremos...

Debo confesar una tentación que intenté por todos los medios evitar: leer los capítulos que por sus títulos nos parecían más atrayentes que otros, sino mejor leer “el libro de corrido”. Debo declararme absolutamente derrotada.

Sí, empecé por la introducción de Nora Elichiry y gracias a ella entendí que este libro es fundamental y se merece toda nuestra atención... ¿la de quién?, la de los politólogos, abogados, sociólogos, antropólogos, filósofos, trabajadores sociales, filólogos, psicólogos, psiquiatras, pero también la de los físicos, químicos, ingenieros, arquitectos...la atención de cualquiera quien quiera acabar con los atavismos epistemológicos que nublan nuestros quehaceres cotidianos. ¿Por qué tanto ahínco en esta afirmación? Mariana Spravik en el capítulo 1º adelanta que la capacidad para el arte es una actividad de la vida que demostraría la capacidad de las inteligencias. El arte sería algo así como lo más alejado al “mercanon”, a la “terapia ocupacional”.

Pero reitero mi pregunta, la que considero aún no respondida: ¿Por qué tanto énfasis a que cualquiera le preste atención a este libro, al arte, a las prácticas artísticas sin importar de qué profesión o formación provenga?; ¿porqué todo aquel que pretende ampliar, ofrecer, donar cognición al humano, principalmente en la esfera de la educación pública, debe indefectiblemente darle un lugar a la educación artística?

El arte es una experiencia, escribe Nora Elichiry, que requiere de una preparación sensible para llegar a un proceso de interiorización y de percepción estética.

Previo a sorprenderme de la larga e interesante reflexión en el Capítulo 3 sobre L.S. Vygotski que hacen Álvarez y del Río; encuentro en el Capítulo 4 de Alderoqui por sus afirmaciones, una conjetura: ella escribe que la cultura ofrece modelos de identidad, un sentido común, uno y sólo uno: que la experiencia estética que vivenciamos o podemos vivenciar es una manifestación y una celebración de la vida de una, y solo una civilización. Gracias a Alderoqui me pregunto entonces: ¿podemos entender a las artes como su contrario?!, es decir, que a diferencia de la cultura, las artes ofrecen extrañamientos, “borronearse las etiquetas” –tal como lo expresa ella- de las identidades impuestas; sentidos, aunque no sean los comunes; y experiencias más ligadas a la barbarie que a la civilización!?

Esta pregunta retórica la responden todos los casos y experiencias volcadas en el libro, en el capítulo de la ya mencionada Alderoqui, pero también en las contribuciones en el capítulo 5 de Chapato, o en el 6 en el que abordan la cuestión del teatro, la escuela y comunidad de Elichiry y Regaty; o Silvestri quien recorre la literatura considerándola como un “extrañamiento” y no simplemente como instancia dadora de identidad civilizadora; o Zanelli en su capítulo 8 sobre orquestas infantiles y juveniles. Por tanto invito a leer todo el libro por su sencillez pero también por su profundidad generosa y pedagógica.

No obstante, y para ir terminando, quiero detenerme en el capítulo 9 de Yamila Volnovich porque creo que está allí la primera respuesta-clave, aquella de por qué entendemos qué significa aprender pero no entendemos el por qué de la importancia del arte en el aprendizaje.

El arte es un arma de construcción masiva. Se puede jugar con el arte, que es nuestra sed...o se la puede apagar con un vaso pequeño de agua. Pero el arte siempre está y estuvo allí. Solo que se lo opacó precisamente por lo que denominamos “atavismos epistemológicos”.

¿A qué nos referimos con el atavismo meto y epistemológico en artes? A esto: ¿En qué momento firmamos el contrato en el que ciertas escuelas primarias, secundarias pero mucho peor en las Instituciones de Educación Superior no ligadas al arte no habría ninguna asignatura ligada al arte o a lo artístico?!

En toda mi formación, que fue una carrera en Ciencia Política en la UBA no ví ni escuché nombrar o citar a Vygotski, en ninguna de las asignaturas de la currícula. Esto me parece grave y es Nora Elichiry, Amelia Alvarez y Pablo del Río que lo visibilizan, lo denuncian.

El área “artística” –asevera Yamila Volnovich- tuvo desde el siglo XIX un lugar marginal, -tal como se la figuró en el siglo XIX como algo perteneciente a lo femenino-, es decir a lo invisibilizado. Está allí, pero el atavismo no nos permite verlas. Con profunda historicidad, el capítulo 9 se hace cargo de esta pobreza. Si hay que pensar, tal como propone el libro, los presupuestos epistemológicos que nos llevaron a muchos de nosotros y nosotras a descubrir el arte por nuestros propios medios; lo primero que

debemos hacer es adjetivarlos: fueron presupuestos atávicos, mercanonizados por miedo a lo que precisamente ofrece el arte: AUTONOMÍA, CONTEMPLACIÓN Y ATENCIÓN.

Esto fue reemplazado, desplazado, e implica entonces que se imponga una imprescindible y ardua tarea : generar políticas universitarias y escolares que comiencen a contemplar al menos el neologismo de la optatividad por el acceso al área artística.

Gastón Bachelard pero también en mis interpretaciones sobre el Jacques Rancière útil para nuestra América, en *Para una teoría transcultural del Arte* de Adolfo Colombres así como en algunos otros filósofos prominentes del siglo pasado, se pronuncian (no recuerdo dónde) sobre la necesidad de una “ruptura epistemológica” como un requisito de construcción del saber científico; no de estarse entreteniéndose en ver si lo pueden explicar por alguna figura anterior (por ejemplo, la femenina) que en algún momento histórico haya existido; es menester explicarlo en la riqueza de lo actual.

Por ello, en general en todo el libro, no se abordan los determinantes tecnológicos, sino que por el contrario, los asumen con total franqueza. Desde ya, que esto tiene múltiples aplicaciones metodológicas, es decir, aquellas peleas que asistimos en la dogmática académica/escolar sin que nadie pudiera definir previamente qué sería *sui generis* y qué no. Es decir, qué sería una incorporación novedosa y qué una actitud de perogrullo. Quizás el Arte, las Artes no encajan pero no tienen nada de *sui*. Contra todo esto creo que debemos alzar nuevos criterios método y epistemológicos y proponernos efectivamente una deconstrucción de estos atavismos para alejarnos, como insiste Susana Romano Sued, de una vez por todas de los epistemicidios que hacen que las relaciones humanas sean tan tediosas.

A cambio, tal como insiste Elichiry, se requiere no sólo de una flexibilidad en el pensamiento, sino también incorporar las artes en todas las esferas de la vida posible porque su imprecisión en sus definiciones hacen que se registre, por ejemplo, la confrontación de puntos de vista (sin luchar), la colaboración, la explicitación de técnicas que han de com-partirse, repartirse, el solicitar ayuda y el ofrecerla, haciendo posible que el o las artes disminuyan las relaciones sociales agresivas o de competencias que en fin generan violencias.

Para volver a Paco Ibañez en sus proverbios y cantares, maldigo el arte que es para unos pocos, o aquel arte que se afirma neutral; el arte, las artes son un arma cargada de futuro, que golpea las tinieblas, aunque estemos tocando el fondo político; mientras, nos ensanchamos y nos ensanchamos con este como con otros libros...

Dra. Nathalie Goldwaser Yankelevich